

EL MUERTO RESUCITADO

La carrera militar de Franco siguió su espléndida marcha, y se habituaban sus soldados y hasta sus compañeros a considerarle como soldado con dioses propicios frente a las balas, puesto que viéndosele frecuentemente en los sitios de mayor peligro y ofreciendo, como ofrecía, blanco muy destacado a los tiradores cabileños escondidos entre las peñas, salía siempre intacto, mientras, por lo general, eran muchas las bajas en los cuadros de la oficialidad. Se comentaba «la suerte de Franco» y su «buena estrella». De los cuarenta y dos oficiales voluntarios en el Grupo de Regulares, sólo siete permanecían indemnes. Pero llegó el 29 de junio, fiesta de San

Pedro y San Pablo, año 1916, y se llevó a cabo en esa jornada una operación sangrienta que si, de una parte, ensombreció el resplandor de la «buena estrella» de Franco, de otra lo acrecentó e intensificó hasta el punto de dar ocasión a que se le tuviera punto menos que por un «muerto resucitado».

Aunque la comunicación entre Tetuán y Tánger había quedado establecida después de los movimientos de tropas del 24 de mayo, se cernía un notorio peligro por la parte septentrional de la cabila de Anyera, en las montañas próximas a Ceuta. Podían correr riesgo las comunicaciones de esta ciudad con Tetuán. Decidió, pues, el mando operar por el lado de un monte y un poblado llamado El Biutz, a ocho kilómetros de la aglomeración ceuti. La defensa de Ceuta estaba encomendada a una línea que tenía sus apoyos principales en diversos cerros, de los que el más señalado llevaba el nombre de «Cudia Federico». Todo aquel terreno era —y sigue siendo— muy áspero. Los senderos obligaban a marchar en «fila india». Las pendientes hacían penosa la subida. En lo más alto de la posición que había de ser atacada, en una loma llamada «de las trincheras», se parapetaba el enemigo. Pocos misterios ofrecía el ataque. Apenas quedaba otro recurso que el del asalto directo, frente a un sistema elemental, pero bien preparado, de parapetos, trincherras, pequeños observatorios y puestos de tiro bien cubiertos.

El alto comisario y general en jefe, don Francisco Gómez Jordana, con su Estado Mayor, preparó la operación. Tres columnas mandadas por el general Martínez Anido, el coronel Génova y el general Sánchez Manjón, atacarían desde Ceuta. El mando superior de este conjunto de Fuerzas quedaba en manos del general Milans del Bosch, el cual dispuso que una cuarta columna, a las órdenes del coronel Martínez Perales, permaneciera en reserva.

Al propio tiempo, el general Barrera operaría por el suroeste de Anyera, viniendo de la zona de Larache. El general Ayala, con tropas de Tetuán, se instalaría en Malalien. Finalmente, la mejala cherifiana, bajo el mando del teniente coronel Cabanellas, avanzaría desde el sector del Fondak y amenazaría el sur de la gran cabila que se extiende entre Tetuán y Ceuta. Por aquellos días se hallaba el Raisuni en buenos términos con las autoridades del Protectorado y prometió apoyar los planes del alto comisario con los guerrilleros que le seguían.

Entre las tropas que, a punto de romper el alba del día 29, avanzaron hacia la montaña, figuraba el Tabor de los Regulares de Melilla en que Franco mandaba una compañía. Desde el primer instante la marcha se hizo difícil por la fragosidad del terreno y por la violencia del fuego del enemigo, que disparaba a placer, apuntando, ahorrando municiones, castigando los flancos. Los atrincheramientos se lo permitían.

«La compañía del capitán Palacios —se lee en una descripción publicada por la revista «España en sus héroes»— está detenida por un nutrido fuego. Caen oficiales y soldados. El suelo está cubierto de turbantes y «chichias», que esmalan la verde gaba.»

Rápidamente se va quedando sin oficiales la compañía mencionada. El capitán Franco, que advierte la peligrosa situación de aquella fuerza, resuelve que un asalto muy rápido podrá resolver la crisis. Fija en seguida el punto por donde ha de romperse la resistencia de los cabileños. Hay que ocupar la «loma de las trincheras». Y da la orden de avanzar a toda costa. A la cabeza va él mismo. La mayoría de los oficiales caen. El comandante Muñoz se desploma alcanzado mortalmente por una bala. La compañía de Franco corona la loma. Entonces, los cabileños se repliegan un poco y se guarecen en una especie de segunda línea de resistencia. Sin darles descanso, Franco continúa el ataque hasta llegar al cuerpo a cuerpo. Cae muerto, a su lado, un soldado indigena. El capitán toma el fusil del que acaba de morir y, sin dejar de dar órdenes a los hombres que le quedan, comienza a disparar, rodilla en tierra. Para los tiradores de enfrente el blanco es seguro. Una bala le alcanza en el vientre. Aquellos que se encuentran cerca de Franco tienen la impresión de que ha muerto. Van de aquí

para allá los camilleros, recogiendo a los heridos, y no se apresuran a ocuparse de quien, según ellos, no tiene remedio.

Pero, pasados unos momentos, el «muerto» da señales de vida. Llama a uno de los oficiales supervivientes y le hace entrega de 20.000 pesetas. ¿Recuerda el lector que había sido nombrado cajero en campaña? Era el dinero que llevaba en los bolsillos para poder pagar puntualmente.

El herido apenas tiene fuerza para hablar. Está extenuado. Respira muy mal. Advertidos unos soldados de Sanidad acuden éstos y le trasladan a la retaguardia inmediata. Alguien sugiere que se le envíe inmediatamente a Cudia Federico, pese a que el camino está muy batido. Teniendo en una angarilla va a engrosar un grupo de heridos tan graves que se les tiene como insalvables. En Cudia Federico se le hace la primera cura digna de tal nombre. La herida, en efecto, es gravísima. El pronóstico, fatal. Pero pasan dos, tres, cuatro días. El capitán lucha por sobrevivir. Los médicos, sin embargo, temen que se inicie, de un momento a otro, un proceso gangrenoso. Y el día 4 de julio es trasladado desde Cudia Federico al Hospital Militar de Ceuta. Se avisa a la familia y se le advierte que es probable la muerte rápida. El parte de la operación de El Biutz habla del «incomparable valor, las dotes de mando y la energía desplegada por el capitán Francisco Franco Bahamonde». Se abre expediente para la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando. La solicitud parecía muy bien fundada. La compañía había sufrido más del 50 por 100 de bajas. El capitán aseguró el mando por sí mismo al quedarse prácticamente sin oficiales. A él se le debía la toma de la loma de las trincheras». Sin embargo... Los reglamentos son los reglamentos, los rigores son los rigores y la Laureada no llegó, porque no lo consintieron rigideces de interpretación. Por el momento, la recompensa quedó reducida a una Cruz de María Cristina. Pero el alto comisario tuvo la impresión de que se había cometido una injusticia y formuló la propuesta de ascenso a comandante, con antigüedad del 29 de junio, fecha del combate del Biutz. El comandante más joven. Veinticuatro años. En el hospital, los presagios sombríos iban aliviando la carga de pesimismo. El proyectil, tras perforar por diversos puntos las paredes del abdomen no había producido ningún destroz completamente irreparable. Los médicos estaban sorprendidos. Realmente, aquel «muerto» estaba «resucitando».

OVIEDO - NOVIAZGO - LEGION

La curación de la herida exigió mucho tiempo. La convalecencia fue inevitablemente larga. Y así, Francisco Franco Bahamonde no pudo aplicarse a sus actividades militares de campaña durante varios meses. En tal situación de forzosa quietud le halló, en marzo de 1917, el traslado a la Península para hacerse cargo de su nuevo destino como comandante en el Regimiento del Príncipe, de guarnición en Oviedo.

En la vida de Franco, Oviedo vino a ser la ocasión de acometer un verdadero curso práctico de diversas disciplinas. Allí tuvo tiempo para dedicarlo a completar su formación intelectual.

La capital asturiana le fue igualmente propicia en el orden de sus sentimientos personales más íntimos. A poco de haberse incorporado al Regimiento del Príncipe conoció a la señorita Carmen Polo y Martínez-Valdés, muy joven, bella, perteneciente a una distinguida familia de la sociedad ovetense. Se inició entonces una relación que pronto sería noviazgo oficial. Y así, entre el cumpli-

miento de las tareas profesionales, las horas de estudio y las emociones de un «romance» encaminado al matrimonio, transcurrían los días del nuevo comandante, a quien se le conocía en la capital asturiana por el cariñoso diminutivo de «el comandantín», en razón de lo menudo de su traza física.

El año 1917 le presentó al «comandantín» ocasión de ejercitarse en trabajos que habían de dejar señalada huella porque condicionaban algunas de sus actitudes futuras en relación con la vida pública. Según es sabido, se produjo entonces una huelga general de carácter revolucionario, suscitada por el socialismo y organizada por la Unión General de Trabajadores. El Comité encargado de dirigir aquel movimiento obrero estaba formado por cuatro líderes socialistas: Julián Besteiro, Francisco Largo Caballero, Andrés Saborit y F. Anguiano. Como cabía esperar, la región asturiana participó ampliamente, casi decisivamente. Don Eduardo Dato presidía el Gobierno. La zona minera de Asturias, poderosamente organizada y bien mandada por hombres como Manuel Llanza, González Peña, Belarmino Tomás y Teodomiro Menéndez, se alzó violentamente y creó desde el primer momento una grave situación de orden público. El Gobierno tuvo que declarar el estado de guerra y decretar la intervención del Ejército. Llegaron a Asturias fuerzas militares procedentes de otras regiones. A Francisco Franco se le confió el mando de una Compañía del Regimiento del Rey con una Sección de Ametralladoras, y otra de la Guardia Civil. Al frente de estos efectivos se instaló sin pérdida de tiempo en la zona más subversiva de las minas, y tomó contacto con algunos de los sectores más activos de la rebelión.

Quiénes se hallaron muy cerca de Franco en aquellos momentos han recordado más de una vez los criterios y los modos que prevalecieron en sus operaciones represivas. Nada de «sangre y fuego», nada de «arrazamientos», nada de violencias inútiles; sólo la energía necesaria para restablecer el orden público; sólo el rigor indispensable para obligar a la obediencia de la Ley.

De esta etapa ovetense podría recordarse la acción de Franco adoctrinando a los soldados y a los oficiales al través de una serie de conferencias que dio para suscitar en sus compañeros y en sus subordinados inquietudes relacionadas con el futuro de España y con la colaboración que podía y debía prestar el Ejército.

También corresponde a los años de Oviedo la fuerte amistad que nació entre Franco y Millán Astray, dedicado este último, por aquel tiempo, de un modo casi obsesivo, a defender la utilidad de un proyecto que llenaba su vida entera: la organización de una Fuerza Especial Voluntaria, inspirada en las experiencias de la Legión Extranjera de Francia, pero aún más en la memoria de los famosos Tercios españoles que tan alto llegaron durante las campañas de Flandes y de Italia en los días del Imperio.

Franco había mostrado desde el primer momento un gran interés por la iniciativa de Millán Astray. Así, cuando en el mes de marzo de 1920 comunicó Millán al «comandantín» que el Ministerio de la Guerra autorizaba la soñada fundación, que la Legión se organizaría en Banderas, y que le ofrecía el mando de la primera, con el cargo de Lugarteniente, Franco no vaciló; su respuesta fue una aceptación entusiasta y lo dispuso todo para comenzar lo antes posible su vida y sus tareas de legionario.